

das no tienen que andar en enredos de cuentas, deben saber cómo las hacen los intendentes, para no dejarse engañar. De la Gramática ¿qué había de decirles, sino que en ella verían la imagen hablada de la Nación? Sin una buena sintaxis no puede un soberano ordenar los discursos que tiene que echar á los embajadores de otros monarcas, ni poner bien una carta sobre negocios de Estado. ¿Qué dirán los Reyes y Emperadores de Europa si reciben carta de la Reina de España con una mala construcción y un giro defectuoso? En cuanto á la Historia, estudiándola entablaban las niñas mental conocimiento con personas de su propia familia: sus abuelos y tatarabuelos. ¿Qué trabajo les costaba aprenderse de memoria todo el catálogo de Reyes, y los nombres de las principales batallas, de los hechos culminantes y gloriosos descubrimientos? Nada más bonito, nada más ameno podían encontrar en letras de molde. Para los chieuelos de Juan Particular se escribían los cuentos comunes, inocente literatura de la infancia. Para *las niñas de la Nación* se había escrito el más bonito de los cuentos: la Historia de España.

Lo mismo Quintana que D. Agustín concluían sus cariñosos sermones diciéndole á Isabel que su nombre glorioso la obligaba á emu-

lar las virtudes y el talento de la otra Isabel, á quien apellidaron *Católica*. Todos, hasta los criados, le decían lo mismo. Con ello estaba conforme la hija de Fernando y Cristina, y por su parte procuraría dejar bien puesto el nombre. Preguntaba qué tendría que hacer para dar á su reinado los esplendores del de Isabel I, y nadie le daba respuesta clara... ¡Toma! Pues si los grandes no lo sabían, ella, *tan chiquita*, ¿cómo había de saberlo?... El cuento era que tenía que hacer algo, algo que llevase la fama de su reinado á los siglos venideros, para que todas las gentes dijese: «¡Isabel II, ah!...» Pero si no se le presentaban ocasiones de descubrir otras Américas y de conquistar otras Granadas, ¿qué haría? Pues dar muchas limosnas para que no hubiera pobres en el Reino... Dinero no había de faltarle, corazón le sobraba... Pues ¡viva Isabel III!

III

Día tras día, llegaron los de Octubre del 41. Respondiendo á voces internas (que en un corazón de once años no faltan cositas que vocear), Isabel se decía: «Tengo que fijarme en

todo lo que sucede, para ir viendo, para ir conociendo... Porque á lo mejor, aquí andan á tiros y se revoluciona toda la gente sin que una se entere de nada. ¿Qué es lo que quieren? ¿Por qué andan á la greña unos y otros? Es preciso que yo lo sepa y que tenga mucho cuidado con lo que ocurre. No se me pasará nada, y estaré con mucho ojo para que no puedan engañarme. A los malos habrá que castigarlos, y premiar á los buenos.» Esto lo pensaba en la tarde del 7 de Octubre, paseando con su hermanita por lo reservado del Retiro. De regreso á Palacio les dieron de cenar, y luego emplearon un rato en la lección de música, bajo la dirección de la profesora Doña Rosario Weiss, que aún no desempeñaba la plaza en propiedad. El maldito solfeo era un aburrimiento para las niñas, y la maestra tenía que desplegar toda su bondad y dulzura para contener la insubordinación que á menudo se manifestaba con síntomas alarmantes. Al fin transigían, compensando la aridez del solfeo con las canciones fáciles, aprendidas de memoria, al piano, música de Iradier, de Basili, de Cuyás, ó de la misma Weiss, quien empleaba esta enseñanza como prolegómenos del pomposo canto italiano.

Bueno, Señor. Acabáronse las lecciones, y las

niñas se acostaron y como ángeles se durmieron, sin advertir que bajo sus almohaditas sonaban mugidos de volcán. Quizás el historiador esté en lo cierto indicando el hecho de que la viva imaginación de Isabel no permitió á ésta un sueño sosegado. Por la tarde había pensado en la necesidad de observar los acontecimientos, en averiguar el por qué de las revoluciones, calentándose los cascos más de la cuenta con este discurrir cosas impropias de su edad. Fue, pues, muy lógico que turbaran su sueño sin interrumpirlo sonidos lejanos ó próximos de tiros y zambombazos; como también pudo suceder que en sueños oyese rumor de batalla real, no soñada, no lejos de su dormitorio. Lo que no tiene duda es que al despertar de nada se acordaba. Sorprendidas y aterradas quedáronse las dos niñas cuando la Condesa de Mina entró en el dormitorio, y les dijo que aquella noche había ocurrido en Palacio un suceso muy grave: nada menos que una batalla en la escalera, entre unos locos que querían entrar y subir, y los alabarderos que supieron cumplir y cortarles el paso. No podía Doña Juana de Vega empequeñecer y desvirtuar la página histórica reduciéndola á las proporciones de un cuento de niños, y á las curiosas preguntas de la Reina y la Princesa contestó que

los tales locos eran generales... ¿Quiénes? Precisamente los más nombrados, los héroes de la última guerra, los Conchas, León, Pezuela... y tras ellos, coroneles, oficiales, alguna tropa... Pero no creyeran las niñas que el intento de éstos era matarlas ó hacerles daño material, no: el ciego designio que les había impulsado á tan grande atropello no era otro que coger á la Reina y á su hermanita y llevárselas *con muchísimo respeto* á donde pudieran proclamar *caudada* la Ley que *felizmente nos regía*, y establecer nueva Regencia. ¡Locos, locos rematados! Pero en el pecado llevaban la penitencia, porque el plan se les deshizo desde que quisieron ponerlo en ejecución, y antes de amanecer ya habían huído todos, escondiéndose cada cual donde pudo. No acababan las niñas de creer que era historia y no cuento lo que oían. La historia nace casi siempre así, adoptando formas de locura ó de pueril conseja. Una de las dos hizo observaciones acerca del suceso, mostrando incredulidad, y la otra (no se sabe cuál) quitaba importancia al asunto: «Vaya, que no se enojará poco mamá cuando lo sepa. Se pondrá furiosa.»

Isabel, que aprendiendo iba ya la asimilación de las ideas y las sentía pasar con murmullo grave en torno de su cabecita coronada, expresó

con toda formalidad esta opinión: «¿No será todo eso intriga de la Inglaterra?»

Sonrió la Condesa ante la ingenuidad y candor de sus discípulas, y añadió que no era la Inglaterra la que andaba en aquel fregado. «Más bien la Francia...» Dió luego explicaciones de lo sucedido. Mientras la tropa y los alabarderos andaban á tiros en la escalera, toda la baja y alta servidumbre se puso en pie, previniéndose para cualquier eventualidad, y los monteros de Espinosa permanecían en la antecámara, decididos á perecer antes que consentir el paso de los sublevados hacia las regias habitaciones. Hubo un momento de desconfianza, de ansiedad, de pánico, pero fué de corta duración; y cuando vieron que la Milicia Nacional rodeaba el Palacio, y que no venían nuevas tropas sediciosas á reforzar á las que peleaban en la escalera, ya no dudaron de que la locura sería castigada. Quiso Isabel que la llevasen á la escalera para ver los estragos de la batalla, los cristales rotos, los agujeros que en la pared habían hecho los balazos, las manchas de sangre... pero la Condesa no lo permitió. Pronto advirtieron las hermanitas que todo estaba trastornado en Palacio, y que las caras no eran aquel día muy risueñas. En algunas se veía el estupor, en otras el miedo, en muy

pocas la confianza. Lo único bueno para las *nenas de la Nación* en aquel día triste fué que no había clase. Naturalmente, con tan desusados trastornos políticos ¿quién pensaba en dar lecciones? Lo peor era que no habría tampoco paseo. Se entretendrían con las muñecas, ó mirando desde los balcones la tropa que pasaba, la gente que á Palacio acudía, militares que entraban y salían á cada instante; atisbando también el ir y venir de palaciegos por la galería interior, ó al través de los luengos pasillos y de la interminable serie de salas, saletas y salones.

A los diferentes conocimientos de las niñas habíase anticipado con singular precocidad el de la etiqueta, y cuando no conocían la Gramática ni la Geografía, y apenas sabían leer y escribir, érales familiar la ciencia de los uniformes, y distinguían admirablemente el carácter oficial de cada sujeto por los galones del casaca que vestía. Del personal de Palacio ningún individuo se les despintaba, en la vastísima escala que desde los servidores mercenarios más humildes asciende hasta los próceres más empingotados. Muchos nombres sabían, y á falta de ellos aplicaban mote, fundados en las observaciones que de fachas y rostros hacían continuamente, así como de la delgadez ó gordura

de pantorrillas revestidas de medias rojas, negras ó *de color de carne*. El cambio político que arrojó de Palacio á una gran parte de la servidumbre rancia, llenó los huecos con gente nueva, recomendada por liberales, con lo que se quería renovar la atmósfera y meter en la morada de los Reyes el *espíritu del siglo*. A muchos de los *nuevos* tardaron las niñas en conocerles por sus nombres, y más cómodo que aprenderlos era para ellas substituirlos con remoquetes de su propia inventiva y de significación pintoresca, los cuales se adaptaban fácilmente al tipo á quien eran aplicados. Había un sumiller que para las niñas era *el bonito*, y un gentilhomme á quien conocían por *el patizambo*. Con algunos personajes que por razón de su proximidad á las Reales personitas las trataban con relativa confianza, subsistió la travesura de los apodos después de conocidos los nombres, y en este caso se hallaba el gentilhomme D. Mariano Díaz de Centurión, á quien pusieron el mote de *Don Chepe*, que habían aprendido en unos versos andaluces de Rubí ó de Andueza. Hallábase entonces muy en boga el género andaluz, escenas de mujeriego, guapezas de contrabandistas, amores y navajazos, con ceceo y habla macarena. Las niñas sabían de memoria trozos de esta literatura, y

en ella encontraron el *Chepe*, que aplicaron á una persona ceceosa, dicharachera y un poquito cargada de espaldas. El día de que se viene hablando, 8 de Octubre, jugaban Isabel y Luisa con sus amiguitas en la estancia interior que da á la galería, cuando vieron pasar por ésta al Sr. de Centurión. Isabel, que estaba pegando en la vidriera unos muñecos de papel recortado, obra de la niña de Alava, vió al cortesano y le llamó repiqueteando con los deditos en el cristal. Al propio tiempo, Luisa, antes que las dos azafatas de servicio pudieran impedirlo, abrió la otra ventana y gritó: «*Chepe, Chepe...*»

Aproximóse el gentilhomme á la reja, y la primera que le habló fué Isabelita, agraciándole con estas cariñosas palabras: «No te incomodarás si te llamamos *Don Chepe*. Es una broma.

—Vuestra Majestad—replicó Centurión doblándose por el espinazo,—puedes llamarme como guste, y con cualquier nombre que me aplique me tendré por muy honrado.

—¡Qué fino eres, y que lengua tan graciosa la tuya! Bien sabes que te estimamos. Oye una cosa: la Condesa no quiere que salgamos de paseo. ¿Por qué no influyes para que nos deje ir siquiera á la Casa de Campo?

—*Don Chepe*—dijo Luisa Fernanda sacando

sus dos manecitas por la reja,—no seas malo, y haz que nos lleven de paseo. Estamos muy aburridas.

—Permítame Vuestra Majestad, permítame Vuestra Alteza que llame su atención sobre la inconveniencia de pasear esta tarde—declaró el cortesano, cuyo ceceo se omite por *no molé*. —En todo Madrid es grande la inquietud por los gravísimos sucesos de anoche. A la penetración, al buen sentido de Vuestra Majestad y de Vuestra Alteza, no se ocultará que la prudencia nos aconseja no proponer la salida de las Reales personas... y menos hacia la Casa de Campo, donde, según la voz pública, se han ocultado *más de cuatro pillos*, de los que anoche quisieron dar á la patria un día de luto. Tomadas por retenes de tropa están todas las entradas y salidas de la Real posesión, y como los *ilusos*, por no darles otro nombre, que se esconden en aquellos matorrales han de hacer alguna barbaridad en el último rapto de su locura y desesperación, no es prudente andar por allí. Hace un ratito, creímos oír tiros hacia aquella parte.

—¡Qué miedo! Tienes razón. Mejor será que nos vayamos al Retiro.

—La más vulgar prudencia nos aconseja que tampoco vayan Su Majestad y Alteza del

lado del Retiro, no porque se estime peligroso, pues Madrid no anhela más que aclamar á su querida Reina, sino por otras razones. La primera es que el tiempo no es bueno: el cariz del cielo nos anuncia que nos mojaremos pronto. La segunda es que el Serenísimo Regente vendrá esta tarde á visitar á Su Majestad y Alteza.

—¿Viene Espartero? Pues nos alegramos mucho.

—Ello será, según oí, después de las cinco, cuando termine el Consejo de los señores Ministros. En tanto, si las señoras se aburren, yo les traeré otro romance andaluz, muy bonito...

—Ya hemos leído el de los guapos de Triana. Es precioso. ¡Cómo se parecen á tí en el modo de hablar!

—Los que se parecen—dijo Luisa Fernanda, —son el *Curriyo* y *Media-Oreja*, cuando se van al *Perché* y tiran de las navajas...

—Traeré á las señoras la *Feria de Mayrena*, descripción en el gusto clásico y castizo, sin perjuicio de la gracia andaluza. Voy por ella.

—Aguárdate un poco, y cuéntanos más cosas de lo de anoche.

—Si Vuestra Majestad me lo permite, le diré que no soy yo el llamado á referir á la Reina de las Españas los vergonzosos, los criminales sucesos de que fué teatro anoche el Al-

cázar de nuestros Reyes. No hay en todita la Historia ejemplo de un atentado semejante. Repito que á mí no me incumbe relatarlo á Vuestra Majestad... Y con la licencia de mi Reina me retiraré, pues no es bien que estemos *pelando la pava* en esta reja...

—No, no, *Don Chepe*; no te vayas,—dijo Luisita agarrándose con fuerza á los hierros para columpiarse.

—Tenga cuidado Vuestra Alteza... Adiós. Si me dan permiso...

—¡No hay permiso!

*¿Qué es esto, Zeño, qué es esto?
aclama saliendo Chepe.*

—Y después dice:

*..... Zus mersees
han mojado la palabra...
Es que onde yo la mojo
ni er Papa mesmo se mete.*

—¡Qué feliz retentiva la de Vuestra Majestad y Alteza!... Voy á traerles el otro romance. Y no se descuiden las señoras, que el Regente viene... Pronto las llamarán para vestir las.

—¿Y tú no nos acompañas, querido *Chepe*?

—No estoy de servicio... Aprovecho la tarde en escribir á mi familia y amigos.

—¿Y qué les cuentas? Dínoslo...

—¿Les hablas de nosotras?

—Naturalmente. Hablo de la felicidad que Dios ha concedido á España, y del glorioso reinado que se aproxima...

—Dios te oiga, *Don Chepe*—dijo Isabel.—¡Y no te has acordado de traerme el retrato que me prometiste de Isabel la Católica! El de mi libro de Historia es muy feo, y no da idea de aquella gran Reina.

—Pues el mío es muy guapo, y ahora mismo lo traeré... Ea, no más.

—Adiós. ¡Viva *Don Chepe!*•

Fuese el gentilhombre por la galería adelante hasta la escalera de Cáceres, por donde debía subir á su habitación, y en todo el largo trayecto no enderezó la curva de su cuerpecillo ni deshizo la sonrisa que plegaba sus finos labios. Representaba D. Mariano Centurión cincuenta años, excediendo la edad aparente á la verdadera, que apenas de los cuarenta pasaba, diferencia que atribuían los chismosos á la disoluta vida del caballero. Segundón de una casa noble de Andalucía, criado desde su más tierna edad en la holganza, sin serios estudios, sin disciplina que le contuviera ni buenos ejemplos que le llevaran á mejores fines, acabó por perder la salud y el escaso caudal que heredó de su padre. Con estos segundones pobres reza el

adagio: *Iglesia, Mar ó Casa Real*; mas no habiendo puesto Marianito sus miras oportunamente en el estado eclesiástico ni en el militar de mar ó tierra, ya no tenía edad ni espíritu para procurarse otro refugio que el de un triste empleo; y repugnándole, por la dignidad de su noble alcurnia, las plazas de oficina, se dió á solicitar un puesto en Palacio, conforme le aconsejaba el sabio refrán. Era Centurión hombre de escasos conocimientos en los diversos ramos del saber, pero de mucho despejo natural y de memoria felicísima; narrador ameno de cuentos y sucedidos, y con instintos de escritor que habrían sido verdaderas dotes si los cultivara. Se había pasado la juventud, sin sentirlo, en los ocios corruptores de las villas andaluzas: *zambras* y *jaleos*, *peladuras de pava*, cañas y toros, meriendas y timbas. Cuando empezó á comprender la vanidad de semejante vida, ya era tarde para emprender otros rumbos: encontrábase viejo á los cuarenta años, el cuerpo lleno de dolores y flaquezas que le obligaban á doblarse como una caña, el espíritu sin ilusiones, la bolsa enteramente vacía. Su hermano, con quien andaba continuamente á la greña por cuestiones metálicas, le negaba todo auxilio; y la demás parentela le hacía la cruz como á un pródigo que deshonoraba la clase y

nombre ilustrísimo de los Centuriones. Rechazado el hombre en su patria, y no bien visto de sus compañeros de libertinaje, emigró á la Corte, dispuesto á coger una silla y un plato en el comedero social.

Lo infructuoso de las gestiones de Marianito en Madrid, y las miserias y desaires que aquí sufrió, le llevaron mansamente á un cambio radical de las ideas que trajo de Andalucía; y habiendo salido de allá con pelo moderado bebiendo en absolutista, efectuó la muda tomando la pinta liberal, por ser liberales las únicas personas que le dieron socorro y le mataron el hambre. Su cruel destino empezó á marcar la mudanza favorable en los días del famoso pronunciamiento llamado de Septiembre. Un individuo de la Junta le dió un destinillo para que viviera, y González Brabo, á quien había caído muy en gracia, le presentó á personas que le tomaron bajo su protección. Una ilustre dama, cuyo nombre no hace al caso, le recomendó con eficaz empeño á cierto personaje, muy ligado con el Duque de la Victoria; y cuando éste volvió de Valencia presidiendo el Gobierno-Regencia, fué D. Mariano sorprendido con el nombramiento de Gentilhombre del Interior en la Casa Real, con servicio en la Cámara, cerca de las Reales personas. Vió el cielo abier-

to Centurión y se tuvo por el más feliz de los mortales, dando por bien empleados sus anteriores desdichas y humillaciones. Diósele aposento en los altos de Palacio; su trabajo era fácil y de pura ceremonia; veíase entre personas de alta categoría, y soñaba con mayores grandezas y honores, llegando hasta el atrevido ensueño de procurarse un bodorrio con viuda rica, aunque no fuese noble. La nobleza, fuera del aparato externo, representativo de un papel en el mundo, le importaba un comino. Buscaría, pues, con el cebo de su nombre y alcurnia, una consorte rica, á la cual no habría de hacer ascos porque perteneciese á la clase de carniceros ó trajinantes enriquecidos. Los tiempos habían cambiado: la libertad y las ideas revolucionarias hacían mangas y capirotos de las antiguas jerarquías, y se estaba formando una sociedad nueva, una flamante aristocracia, cuyo blasón era una onza de oro sobre dos mundos de plata y el lema *in utroque invicta*.

Como se ha dicho, D. Mariano Centurión, apenas llegado á su aposento, bajó sin tardanza para llevar á las niñas lo que les había prometido. Satisfecho del cumplimiento de su deber, libre de servicio aquella tarde, y no teniendo que dar solemnidad con su persona al acto de la visita del Regente, volvióse arriba,

y despojado de sus galas empezó á tirar de pluma, trazando una carta no breve con esmerado estilo y letra correctísima. No era la primera que á su buen amigo y favorecedor dirigía, ni había de ser la última.

IV

De D. Mariano Centurión á D. Fernando Calpena,
residente en Barcelona.

Madrid 8 de Octubre.

Ilustre señor: Cumpló la oferta que á usted hice de tenerle al corriente de todo suceso extraordinario que en estos alcázares ocurriese, y si persiste usted en su propósito de reunir estas y otras noticias para levantar con ella una torre histórico-social, á cuya altura pueda subirse el siglo venidero para ver y examinar las sinuosidades del nuestro, reciba con júbilo esta primera remesa de *cosas reales*, que ellas son carne pura, historia viva y vista, historia que duele, por ser nosotros miembros del grande cuerpo de España que la padece...

Nota. Amigo mío: Desde que estoy en este trajín palaciego, y consagro todas mis horas

baldías á la lectura de antiguos y modernos escritores, noto que va disminuyendo como por milagro mi ignorancia. No puedo olvidar que usted, en los primeros días de nuestro feliz conocimiento, me calificó de *diamante en bruto*. Esta benévola opinión me ha estimulado á darme con la lectura, ó sea con el roce continuo del saber ajeno en la tosca superficie de mi rudeza, un pulimento que empezó por desbastarme y acaba por tallarme facetas que arrojan alguna lucecilla. Me asimilo fácilmente lo que leo, y se me pegan las formas de escribir; pero de ello resulta que, á medida que voy sabiendo algo, aprecio mejor mi insuficiencia, y soy más escrupuloso y descontentadizo: ya no poseo aquella facilidad del disparate que en otros tiempos aceleraba mi pluma; y mi afán del acierto es tal, que veo en mis escritos más faltas de las que cometo y ningún rasgo ingenioso que pueda ser grato á quien me lea. Digo esto, señor ilustrísimo, porque el parrafillo con que encabezo la carta ha sido para mí un parto laborioso. Tres ó cuatro veces he tenido que escribirlo, intentando sacarlo á luz, ya por la cabeza, ya por los pies, y aun así no ha salido robusto y bien formado, sino enteco y con jorobas. ¿Pero qué le importan á usted las angustias de mi aprendizaje? Se las cuento para

que vea mi deseo de agradar á la persona que me sacó de la esclavitud y del desierto para traerme á esta vida de libertad y bienandanza. El Señor se lo pague, y á mí me dé larga vida para que se dilaten las expresiones de mi agradecimiento. Y para que no me tenga por maleante andaluz, ni crea que estoy contándole el *cuento de Charpa*, voy al asunto.

Ya sé que Ramón Nocedal le manda á usted hoy un relato prolijo de todo lo que hicieron esos tunantes para preparar la llamada *revolución del orden*, el plan que tramaron para cargar los unos con la Reina mientras los otros se apoderaban de la persona del Regente. Nocedalito, que está bien enterado de todo (ese... paréceme á mí que es de los que nadan y á un tiempo guardan la ropa, y perdone usted el paréntesis), le contará cómo se les frustró el magno complot, por precipitación, por azoramiento, y más que nada por obra de esta Providencia particular de nuestra España que nos saca de todos los apuros; le dirá también cómo sacaron á la *Princesa* (regimiento de línea) ó parte de él, por la complicidad de Ramón Nouvilas; cómo les faltó la Guardia Real, gracias á las precauciones que tomó el Gobierno; cómo León, que debía ser el primero en la peligrosa lid, vino á ser el último;

cómo los Conchas, de quienes el Regente tenía seguridades de lealtad (pocos meses há los egregios Duques concedieron á Pepe la mano de Vicentita, hermana de Doña Jacinta, y perdone usted este otro paréntesis), han sido los más audaces en el atentado, seguidos de Juanito Pezuela. A mí me corresponde tan sólo contar á usted lo que ví en Palacio; y á fuer de historiador puntual, no maleante, consigno que estaba yo comiendo en esta misma mesa las sopas de puchero, que son mi más gustoso alimento por las noches, cuando sentí el tumulto y los primeros tiros en la puerta del Príncipe. Salí despavorido, con la servilleta colgando, y al bajar por la escalera de Damas ví subir á dos ugieres y á un mozo de las cocinas, más que corriendo volando con las alas que les ponía su miedo; y como dijeran que por la misma escalera subían los amotinados, tiramos todos hacia arriba, devorando escalones hasta dar con nuestros cuerpos en el tejado. Allí supimos que los raptores de la Reina daban el asalto por la escalera principal, y hacia las claraboyas del salón de columnas nos corrimos. Arriesguéme yo á mirar por los ventanales de la escalera, y ví... no fué más que un momento, porque el instinto de conservación echóme para atrás... ví á los insensatos

de la Princesa, mandados por un paisano, el cual no era otro que Manuel Concha... Los alabarderos le intimaron la retirada; adelantóse un tenientillo, que según después he sabido, se llama Boria, y empezaron á tiros. Los alabarderos se parapetaron en las ventanas que dan á la galería, y en tan buenas posiciones, diez y ocho hombres (que no eran más; y juro á usted que ya no pondré más paréntesis) contuvieron á toda la chusma dirigida por un *gachó* tan valiente como Concha.

Ya comprenderá usted que mientras esto pasaba, los altos del regio Alcázar se poblaban de personal palatino de ambos sexos, huyendo de la quema. También consigno que me aventuré á bajar al piso principal, para cerciorarme de que las niñas no corrían peligro. A las doce duraba todavía el fuego; pero no tan graneado y persistente como en los primeros instantes. Creo haber visto á León de gran uniforme atravesar el patio desde la puerta del Príncipe á la escalera grande, y volver luego con uno, que debía de ser Pezuela, al centro del patio; pero no lo aseguro, que en estos casos se confunden las cosas que uno ha visto con las que le cuentan. Contáronme, y de ello no dudo, que Fulgoso, viendo que venían mal dadas en la escalera, corría por las galerías bajas buscando otra en-

trada y subida más fácil por donde colarse al robo de la Majestad. Y mire usted si sería precavido el hombre: llevaba sobre los hombros una luenga capa para envolver y abrigar á la Reina cuando, arrebatada de su camita, pudiera llevársela en la grupa del caballo, que debía de ser de la casta de Clavileño. ¡Si estarían locos!

Las doce ó poco menos serían cuando por la puerta del Príncipe se retiraron con bastante bullicio, que me sonó á despecho y desesperación. El mismo demonio que los trajo se los llevaba, y la criminal intentona se desbarataba y deshacía como obra de insensatos ó imbéciles. Al verlos partir, llorábamos de júbilo los leales; y cuando sentimos los tiros de la Milicia, posesionada de las calles del Viento y de Requena, dijimos: «Duro en ellos, y que la paguen. No haya misericordia para los que han querido robarnos el Trono y la Libertad.»

Ha de saber usted que los *caballeros del orden* han tenido auxiliares dentro de la propia morada de nuestros Reyes, y sólo así se explica su audacia, y el ardor y confianza con que se metieron aquí. Un caballero oficial llamado Marchesi, que era el jefe de Parada, les franqueó la puerta del Príncipe, y dentro estaban en el ajo algunos gentileshombres, como el Marqués

de San Carlos y el Conde de Requena, los cuales se pusieron á las órdenes de los sublevados, en traje de paisano el primero, el segundo luciendo su bordado casacón. ¡Y luego quieren que tengamos paz! ¡Paz cuando abrigamos en sus puestos á los que intentan derrocar la Regencia legítima votada por las Cortes, para restablecer á la *Desgobernadora* con su camarilla y sus Muñoces! Si nuestros gobernantes tuvieran sentido de la realidad habrían hecho la limpia total de Palacio, contentando con hechos, no con floridas retóricas, al Manifiesto-protesta de Doña María Cristina, cuando fué nombrado Tutor el Sr. Argüelles. El momento lógico de la limpia fué aquél en que presentaron en cuadrilla sus dimisiones la Camarera Mayor, Marquesa de Santa Cruz, y las trece damas. En vez de concretarse el Gobierno á cubrir estas vacantes, debió hacer el general expurgo de personas, mandando á sus casas á todos los individuos de la servidumbre, nobles y villanos, altos y bajunos, de procedencia absolutista, ó significados como sistemáticamente afectos á la madre de la Reina. Se contentaron con echar á los más rabiosos, abriendo algunos claros, en los cuales tuvimos colocación los que hoy representamos aquí á la Voluntad Nacional; pero dejaron en sus puestos

á los hipócritas, á los que se hacían los mortecinos para que no se les tocara... y órdenes de hacerse los tontos recibían de la Malmaison. Por estas condescendencias del Gobierno, tenemos hoy la Casa Real infestada de adictos á Cristina, que minuciosamente la informan de todo lo que aquí pasa y hasta de lo que hablamos en nuestras conversaciones reservadas. No quiero citar nombres; diré á usted tan sólo por ahora, con toda discreción y sin escrúpulo de conciencia, que aún colea aquí gentileshombres de Interior y de Cámara, que son hechura del Duque de Alagón, y en el ramo de azafatas y mozas de retrete no escasea el género que aún obedece á la Camarera dimisionaria. Esta servidumbre baja demuestra un celo terrible en el espionaje, y en llevar y traer cuentos y chismes. Veo y oigo cosas que me sacan de quicio, y la obligación de callarlas me pone á punto de reventar...

¿No es un oprobio que todavía tengamos aquí, y que se codeen con nosotros, los representantes de la Voluntad Nacional, más de cuatro individuos de la cepa de los Muñoces de Tarancón? Y los tales están bien agarrados, pues haylos que se defienden quitándole motas á Don Martín de los Heros; haylos en la Capilla de Palacio, en forma de clérigos ó capellanes más

ó menos brutos; haylos y haylas en el servicio inmediato de Su Majestad y Alteza, bien avenidos, á fuerza de adulaciones, con la señora Marquesa de Bélgida, hoy *nuestra* Camarera Mayor, de quien nada tengo que decir, como no sea que despliega excesiva indulgencia y blandura con el personal desafecto á la Regencia votada por las Cortes. ¡Oh, señor mío!, haga usted entender á quien corresponda que Palacio es madriguera de mucha y diversa humanidad dañada del repugnante absolutismo y del pérfido moderantismo; que urge entrar en este magno edificio con escobas y zorros para limpiar de basuras y telarañas todos los rincones, donde se esconden ¡ay! alimañas venenosas, cuya picadura es mortal para las libertades públicas.

Sé de buena tinta, y puedo tapar la boca con pruebas al que ose poner en duda lo que voy á decir, que en esta sangrienta y al par ridícula tentativa de robarnos á la Reina, fué aplicado sin tasa el infalible unto para ganar voluntades de hombres reacios, ó de leales sin grandes escrúpulos. ¿De dónde ha venido este numerario con que los *caballeros del orden* han seducido á tantos infelices para lanzarlos á la muerte? Pues no sólo ha salido de las arcas de Muñoz, sino de las del Gobierno francés, ene-

migo declarado de la España desde *el grito de Septiembre*, que restableció la prepotencia de la Voluntad Nacional... En Palacio, puedo dar fe de ello, se trató de corromper á muchos para que franquearan ésta ó la otra puerta, y aun hubo quien discurrió convidar, con pretexto de la Virgen del Rosario, á los Monteros de Espinosa, para emborracharlos, imposibilitándoles así de prestar su servicio junto al dormitorio de las Reales personas. ¿Hase visto mayor abominación? Y crea usted que si de este nefando cohecho tengo certidumbre por la verídica confianza de un amigo, de otros puedo dar fe por propio testimonio. A mí, D. Fernando, á mí, al gentilhomme del interior D. Mariano Díaz de Centurión, colocado en esta casa, más que por sus méritos, que son bien escasos, por el lustre de su nombre y por el apoyo de usted y del Serenísimo Regente; á mí, Sr. D. Fernando, han querido corromperme también, y fué tercero del villano mensaje un clérigo insinuante y tierno de la Real Capilla, llamado Socobio, pariente del D. Serafín de Socobio, á quien dejaron cesante en Palacio para colocarme á mí. El hombre está que trina, lo que no ha impedido que tratara de comprarme, imitando á los ladrones que arrojan pan al perro guardador de la casa que intentan asaltar... ¡Mendruguitos á

mi para que no ladre! Lo que siento es que lo tomé á broma, y á nadie quise comunicar los halagos del clérigo; que si hubiera yo comprendido la malicia que el hecho entrañaba, mis ladridos se habrían oído en los antípodas.

No necesito dar á usted más noticias del intrigante y sutil Socobio, pues entiendo que conoce usted á esa familia, á quien más que por familia tengo por una dinastía de clérigos y seglares aclerigados, sanguijuelas del Reino y vampiros de la Administración. Entre todos ellos reúnen, según oí, diez y nueve empleos muy pingües, ora en la Rota, ora en cabildos catedrales, éste en el Noveno y Excusado, aquél en Rentas Decimales, sin que falten chupadores del presupuesto en las secretarías del Despacho y en Tribunales y Consejos. Todos los individuos de esta tribu asoladora de los Socobios brillan por el frenesí rabioso de su absolutismo. El odio á la Libertad y á la ilustración se llama Socobio, y se personifica en una caterva de chupadores de la sangre nacional. Para mejor sostener su imperio y establecer una piña inexpugnable, se han dividido en dos secciones: la absolutista neta, con sus dos colores fernandista y carlista, que es el núcleo principal, y la moderada, que es el cuerpo avanzado por el cual se ponen en relación continua con el poder

público. En el seno de este rebaño de clerizontes de sotana y levita, hoy magistrados y consejeros, todos con el sello de Calomarde; militares que sirvieron con el Conde de España, se batieron por D. Carlos, y luego, por gracia del famoso Convenio, han vuelto á los comederos de acá; monjas intrigantes y marisabidillas; empleados á la moderna, criados á los pechos de Ceá Bermúdez, de Burgos, de Garell y de Toreno; hay, por fin, el ejemplar de Socobio palatino que por milagro de Dios ha venido á quedar cesante en el último arreglo de la Casa Real.

Pues bien: el *seráfico* D. Serafín, mi antecesor en este puesto, mi enemigo capital, á quien deseo mil años de cesantía, y á los demás de la familia igual daño hasta que de cesantes se pudran, intentó corromper mi lealtad...

¡*Camaraita*, cómo se va el tiempo en la dulce tarea de comunicarle la palpitación vital para sus historias! Con adusta cara me dice el reloj que se aproxima la hora de volver al servicio.

Adiós, mi D. Fernando. Quédense para otro día las muchas cosas que aún tiene que contarle su muy atento servidor y agradecido amigo—*Centurión*.